

# Luis García Montero: «La intimidación es también un territorio histórico»

Ana Solanes

«*Lo que usted tiene es vista cansada*», le dijo el oculista al poeta. Así que las pasadas navidades los Reyes Magos le trajeron unas gafas nuevas, muy modernas, con las que mirar el mundo en el que vivía desde hacía casi cincuenta años y con las que seguir contándolo en sus poemas. Terminaba por aquella época su último libro, un recorrido por su biografía sentimental y por sus convicciones, una especie de viaje por la geografía de sus recuerdos y la historia última y vertiginosa de España, y le pareció ése un buen título: *Vista cansada*. Cansancio y melancolía al comprobar cómo tantas cosas no cambian, pero también optimismo y la ilusión de quien estrena gafas que le ayudan «*A estar aquí/ en una compartida soledad,/ para ver lo que pasa/ con nosotros*».

Y «lo que pasa con nosotros» es lo que les ha ocurrido a muchos españoles de la generación de Luis García Montero para quienes sus poemas son un espejo, pues también ellos han asistido, en el último medio siglo, a la evolución de un país que se daba la vuelta: de la dictadura a la democracia, de la pobreza al capitalismo, de una España clerical y cerrada a un Estado laico, abierto. Todo con matices, y todo desde los ojos, quizás algo cansados pero esperanzados, de un poeta que ha querido recoger en una especie de álbum de fotos lírico todos los paisajes, interiores y exteriores, que le han marcado: la infancia en la Granada provin-

ciana de los años sesenta y setenta, los primeros versos, la lucha por el cambio, la defensa de la política y el compromiso, la ilusión por la democracia, el desencanto, los amigos, los maestros y, por supuesto, el amor.

Convencido de que la poesía es un asunto de ciudadanos y una oportunidad para el diálogo y la reflexión moral, el autor de algunos de los libros fundamentales de la última poesía española como *Habitaciones separadas* (Premio Nacional de Literatura 1994) o *La intimidad de la serpiente* (Premio Nacional de la Crítica 2003) ha empleado casi cinco años en reunir los poemas de su última obra. Tras semejante esfuerzo autobiográfico, es fácil comprender que en ocasiones sienta «que ya ha contado todo aquello sobre lo que quería escribir» o que cualquier nuevo poema simplemente podría añadirse, como si fuera una nueva foto, a su *Vista cansada*. Y uno no duda de que eso ocurrirá pronto. Porque, aunque Luis García Montero asegura haber descubierto el verdadero placer de la prosa narrativa mientras escribe un libro sobre la infancia de su querido Ángel González, y prepara la publicación de un nuevo ensayo *Inquietudes bárbaras*, en Anagrama, quienes le conocen bien cuentan que, cuando están con él, aprovecha cualquier silencio en la conversación para comenzar a contar con los dedos las sílabas de algún nuevo poema: «Por eso corro hacia mis versos/ como el niño hacia su cuarto/ cuando empiezan los gritos de la casa».

El autor de *Completamente viernes* estrena por partida doble, ya que su última obra se publica, junto con otro poemario de Juan Gelman, en «Palabra de Honor», una bella colección que dirige junto a Chus Visor y con la que celebran los cuarenta años de poesía de la editorial Visor. Así que Luis García Montero nos recibe también doblemente ilusionado, dispuesto a charlar sobre *Vista Cansada* con sus gafas de patillas naranjas.

– *Su nuevo libro es una especie de memoria poética, como un álbum de fotos lírico de un poeta a punto de cumplir los cincuenta. ¿Por qué eligió el diagnóstico de su oculista para titularlo?*

---

**«La edad consiste en ver guerras, sufrir  
desilusiones, presenciar injusticias...  
y no perder el optimismo.»**

– A mí me gustó porque estaba preparando un libro que fuese un ejercicio de memoria al cumplir los cincuenta años. Y me pareció significativo el título porque habla en efecto de la edad, habla de que uno está cansado de ver muchas cosas a lo largo de la vida, de que haya experiencias de desilusión o realidades que no mejoran con el paso del tiempo, de ver guerras, injusticias, proyectos que se deshacen. Entonces es verdad que a los cincuenta años uno tiene la vista cansada e incluso uno ve que hay cosas que están cansadas ya por sí mismas, no por lo ojos que las miran. Es como si muchos de los valores fundamentales de la sociedad democrática estuvieran en retirada, avergonzados de sí mismos, y se alejasen por culpa de nuevas presiones que son una nueva forma de superstición. Pero hay también un matiz en *Vista cansada* que me gustó y que no querría que pasara inadvertido.

– *El optimismo*

– Claro, el optimismo. En el sentido de que quien se pone gafas es porque quiere seguir mirando a la realidad. No quiere cerrar los ojos ni volverse para mirar hacia otro lado. Y entonces, acudir a la ciencia no deja de ser un ejercicio optimista.

– *El acercarse al medio siglo ¿le hizo sentir que era hora de hacer esta especie de viaje por su biografía, pero también por sus convicciones, con el que tanta gente puede identificarse?*

– Quería escribir un libro que repasara la experiencia de un ciudadano que cumple cincuenta años y que ha vivido en un país muy concreto, España, que ha pasado en este tiempo de la pobreza a la riqueza, de la dictadura a la democracia, y todo eso con referencias históricas y colectivas pero también con referencias a la propia educación sentimental y a la manera individual con la que se ha vivido todo eso. Me parecía que era un buen momento y porque creo que la gente que ahora tiene en torno a cincuenta años ha vivido de manera vertiginosa unas transformaciones sociales y sentimentales que van más allá del cambio de generación normal. Yo a veces creo que hay bastante más distancia entre

---

**«A los cincuenta años uno tiene la vista cansada, e incluso ve que hay cosas que están cansadas por sí mismas»**

mis hijos y yo que entre mis padres y yo. Porque cuando pensamos en nosotros mismos pensamos a veces sólo en el cambio que se produce cuando se agota una dictadura y empieza una democracia. Pero es que ha habido mucho más.

– *Basta leer el retrato que hace de su infancia en Granada*

– Yo recuerdo cómo era la niñez, en una capital de provincias como Granada, de alguien que nace a final de los años cincuenta y en una ciudad que está muy marcada por los códigos clericales, los códigos de la pobreza, los del miedo a la Guerra Civil, por la prepotencia de los señoritos y de los vencedores. Y la España, o la ciudad que están viviendo ahora mis hijos no tiene nada que ver. Y no es simplemente porque no haya dictadura, sino porque han cambiado los códigos casi provocando un cambio antropológico. Ahora las costumbres no están marcadas por el miedo, por la humillación o por el clericalismo. Hoy los nuevos códigos tienen mucho más que ver con la sociedad del bienestar y con la pulsión devoradora de la sociedad de consumo. Y yo quería reflejar cómo había sido el pasado de ese niño en la ciudad provinciana clerical, ese joven que se integró en los últimos años de lucha contra la dictadura y que vivió toda la transición, y cómo se convirtió en esa persona madura que de pronto comprendió que la democracia no era una panacea sino un territorio muy complejo lleno de contradicciones y donde había que ejercitar diariamente la libertad, que no te la regala nadie. Quería reflejar también todo ese proceso de cierto desencanto.

– *De hecho dedica dos poemas del libro a la Democracia, precisamente en esos dos momentos: el de la ilusión y el del desencanto, aunque es el desencanto de quien no se rinde tampoco*

– El tono de este libro es un tono que yo califico de melancolía optimista. Entre otras cosas porque recuerdo y valoro el pasado pero no creo que este tiempo pasado fuera mejor. Hay melancolía porque yo estoy fabricado de tiempo como todo el mundo y recordar el pasado, aunque no se quiera volver a él, es pensar en

---

**«Ahora las costumbres no están marcadas por el miedo, por la humillación o por el clericalismo»**